

10 de julio de 2021 - Sábado de la 14^a semana Génesis 49:29-33;
50:15-24; Mat 10:24-33

Homilía

En la última de las bienaventuranzas (Mt 5,10-12), Jesús declaró bienaventurados a los que son perseguidos por causa de la justicia. Bienaventurados sois -dijo- cuando os insulten y os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros falsamente por mi causa. "Y añadió: "Así es como fueron perseguidos los profetas anteriores a vosotros. "El pasaje evangélico que acabamos de leer comenta y explica de alguna manera esta bienaventuranza

En el pasaje inmediatamente anterior al texto que leemos hoy -un pasaje que escuchamos ayer-, Jesús había enviado a sus discípulos en una misión, diciéndoles que los enviaba como corderos en medio de lobos. Aunque les dijo que fueran cándidos como palomas pero cuidadosos como serpientes, predijo que serían traicionados por sus seres queridos, perseguidos, arrojados a la cárcel; y que serían odiados como él mismo es odiado.

A pesar de todo, les dijo: "¡No tengáis miedo! ", expresión que se repite como un estribillo a lo largo de este breve texto. No temáis a los que pueden destruir vuestro cuerpo, pero no pueden dañar vuestra alma, vuestra persona. Temed sólo a Dios, que puede enviaros al infierno. Pero se apresura a añadir que Dios es un padre que se preocupa por todos los detalles de nuestra vida, incluido, añade sin duda con humor, el número de nuestros cabellos.

Jesús, durante su interrogatorio por Pilato, le dijo que había venido a este mundo para dar testimonio de la Verdad (Juan, 18:37). Llama a todos sus seguidores a no transigir nunca con el mensaje evangélico, a llamar a las cosas por su nombre, a decir "sí" cuando es "sí" y "no" cuando es "no". Los que son fieles a la verdad, en cualquier ámbito, pagan un alto precio, a veces con su vida.

Cuando el cristianismo se extendió, en las primeras generaciones cristianas, el Imperio Romano, que todavía dominaba gran parte del mundo, tenía su propia religión estatal, para la que cualquier otra religión era vista como una amenaza. Por eso, los primeros mártires cristianos fueron a menudo condenados a muerte simplemente porque profesaban la fe en Jesús y su mensaje, y podrían haber salvado sus vidas negando esa fe. Y así fue como se empezó a considerar "mártires" a los que morían "in odio fidei" (por odio a la fe).

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

Los numerosos mártires del siglo XX, y ahora los del siglo XXI, rara vez son ejecutados explícitamente por odio a la fe. A los que los matan no les importa en absoluto la fe, ni siquiera para odiarla. Estos mártires mueren por su fidelidad al mensaje evangélico y a su verdad. Suelen ser asesinados por los poderosos de este mundo, que se molestan porque están del lado de los pequeños, de los pobres, de los oprimidos. Molestan porque anuncian, o simplemente porque viven de verdad, el mensaje evangélico de compartir los bienes, de respetar la dignidad humana, de perdonar las ofensas.

Llevemos en nuestra oración de hoy a todos aquellos que, en nuestros días, bajo diversos tipos de regímenes totalitarios, siguen exponiéndose a la persecución e incluso arriesgan su vida en defensa de los oprimidos y en la fidelidad vivida a los valores evangélicos del compartir, el perdón y el amor.